

Jo Guldi y David Armitage  
*Manifiesto por la historia*  
2016: Madrid, Alianza, 296 pp.

MIRIAM MIRANDA  
Departamento de Historia  
Universidad de Panamá

Jo Guldi realizó sus estudios en distintos centros universitarios; desde Harvard, donde obtuvo su licenciatura, hasta la Universidad de Berkeley, California, donde recibió su doctorado en Historia. También hizo estudios en Trinity College, en Cambridge. Ha publicado varios ensayos sobre historia del imperio británico. Actualmente es profesora asistente en la Universidad de Brown, Estados Unidos.

David Armitage es egresado de las universidades de Cambridge y Princeton, trabajó en la universidad de Columbia y actualmente pertenece a la planta docente de la Universidad de Harvard. Cuenta con una extensa producción científica relacionada con la historia moderna y contemporánea de los Estados Unidos y Gran Bretaña.

Tal como dicen sus autores, *Manifiesto por la historia* es el producto de múltiples discusiones acerca del futuro de la historia, el retorno de la *longue durée* y el papel de las universidades en la cultura pública.

La estructura de la obra consiste en una introducción, cuatro capítulos y una conclusión. La introducción, titulada “¿La hoguera de las humanidades?”, la inician sus autores parafraseando el *Manifiesto Comunista* de 1848: “Un fantasma recorre nuestra época: el fantasma del corto plazo”.

Los autores identifican graves problemas que nos afectan actualmente, como la elevación del nivel del mar, la acumulación de desechos, especialmente en las ciudades, la contaminación de los océanos, la tierra y las aguas subterráneas, y el aumento de las desigualdades. Estos problemas requieren de un pensamiento a largo plazo que proponga soluciones viables y duraderas. Sin embargo, hay escasez de este pensamiento. Por el contrario, vemos como “los políticos no planifican más allá de su próxima apuesta electoral” y el resultado es evidente en las infraestructuras públicas que se desmoronan, como es el caso de las escuelas, ejemplo que en Panamá lo podemos apreciar claramente. Pero el cortoplacismo también es notorio en las corporaciones privadas: ciclos trimestrales con resultados verificables; no se invierte a largo plazo en recursos humanos. El cortoplacismo está tan arraigado que ya es un hábito

que no nos permite ver los profundos cambios que están ocurriendo ante nuestros ojos.

Aunque no es el común denominador, los autores destacan el esfuerzo de algunos individuos por luchar contra el cortoplacismo.

Es el caso de Stewart Brand y la creación de la Long Now Foundation, cuyo objetivo es promover la conciencia en términos temporales de mayor amplitud y promover debates de aquellos problemas que podrían afectar la humanidad durante el próximo milenio.

Dar sentido a un mundo en proceso de transformación es tarea de la cual debemos estar inmersos todos, pero (se preguntan los autores) ¿quién escribe sobre estos cambios como desarrollos a largo plazo? ¿Quién alimenta con el material de nuestro pasado colectivo a quienes buscan futuros más brillantes?

Según Guldi y Armitage, son las universidades las instituciones llamadas a pensar en escalas temporales más amplias porque han sido históricamente instituciones más flexibles, resistentes y duraderas en contraste con las grandes empresas del siglo XX, cuyo promedio de vida se calcula en unos 75 años, salvo algunas excepciones.

Por otro lado, “las universidades, junto con las instituciones religiosas, son las portadoras de las tradiciones y las guardianas del conocimiento profundo. Por tanto, ellas deberían ser los centros de innovación donde la investigación se realice con desinterés en ganancias inmediatas”. Este desinterés, que ha dado a la universidad la capacidad para reflexionar sobre cuestiones de largo plazo, con recursos a largo plazo, parece estar amenazado. Hasta ahora, la responsabilidad de la trasmisión de la tradición y de su sometimiento a examen crítico ha estado en el campo de las humanidades, cuya finalidad pedagógica consistía precisamente en no ser instrumentales, es decir, en examinar teorías y ejemplos, en plantear interrogantes y aportar medios para responder a ellos, nunca en proponer objetivos ni estrategias prácticas.

La misión de trasmisoras de cuestiones acerca del valor y cuestionadoras de los valores que desempeñaban a lo largo de siglos e incluso de milenios, fue un factor decisivo en defensa de las humanidades. Toda búsqueda de antídoto al cortoplacismo debe comenzar por ellas. En conclusión, tienen el deber de afrontar los retos del futuro público y para ello “de modo particularmente importante necesitan expertos capaces de ver más allá de las preocupaciones sectoriales de las disciplinas demasiado ligadas a la

financiación clientelar, el próximo ciclo económico o la próxima elección. . . Sin duda, nuestro mundo necesita volver en algún lugar a la información sobre el pasado y el futuro”. (Guldi y Armitage, 2016: 24). Esa tarea corresponde a la disciplina histórica y debe constituirse en el árbitro en estos momentos cruciales. Debe volver a ofrecer esos relatos a gran escala que servían de guía a la vida de las distintas sociedades.

Este es el tema que se desarrolla en el primer y segundo capítulo donde los autores explican la importancia de una visión de la *longue durée* para reorientar ese futuro y hacer de la historia una tradición dentro de las políticas públicas.

Si no lo hacemos —y pronto— permanecerá esa visión acrítica en la búsqueda de soluciones a problemas tan importantes como el clima, el gobierno mundial y la desigualdad, que generalmente son abordados por economistas u otros profesionales que no tienen visión de un amplio espacio temporal. La historia tiene, en cambio, una rica comprensión material de la experiencia y las instituciones humanas.

Este reto enfrenta a los historiadores con otra situación nueva y es la abundancia de sobrecarga de información lo que genera un nuevo reto, el surgimiento del campo de las humanidades digitalizadas y la necesidad de relacionarnos con nuevas herramientas para que la Historia siga siendo guía de la vida pública y los futuros posibles.

Son los departamentos de historia y los historiadores los más indicados para manejar, administrar y aprovechar las enormes bases de datos digitales y construir a partir de ellas los grandes relatos que comunican el pasado con esos futuros posibles.

En la conclusión los autores proponen hacer *público* el pasado y de tal forma que sea fácilmente comprensible para todos. De esta premisa se pueden derivar tres nuevas tendencias de la escritura de la historia: la primera, “la necesidad de nuevas formas de relato susceptibles de ser leídas, comprendidas y asumidas por los profanos”; la segunda: “el énfasis en las herramientas de visualización y digitales” y, por último, “la fusión entre lo grande y lo pequeño, lo “micro” y lo “macro”, que, por un lado extrae lo mejor del trabajo de archivo y, por otro, produce amplios panoramas del trabajo sobre problemas de interés común” (Guldi y Armitage, 2016: 213).

Y para ser consecuente con la idea inicial concluyen diciendo: “¡Historiadores del mundo, uníos!”